Historia de un muerto... contada por él mismo

CAPITULO I

Mi fallecimiento

Cuando dejé de existir, ó, en otros términos, cuando yo, Oliverio Becaille, entregué mi alma á Dios, eran las seis de la mañana de un sábado. Mi viuda hacía un momento que buscaba en un baúl, escogiendo y preparando mis mejores prendas. Al levantarse y verme tan rígido, con los ojos abiertos, sin aliento y pálido, se acercó á mi cadáver á toda prisa creyendo que me había desmayado seguramente. Cuando, después de uu momento de vacilación, adquirió el triste convencimiento de que había dejado de existir, se retorció las manos

desesperadamente y, prorrumpiendo en un amargo llanto gritó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡está muerto!

Yo oía perfectamente sus palabras, si bien débilmente. Con el ojo derecho no veía absolutamente nada, pero con el izquierdo percibia una claridad muy tenue que me hacía ver los objetos destacándose confusamente; me encontraba en un completo anonadamiento como si hubiese caído herido por un rayo.

Mi voluntad estaba completamente aniquilada, pues no podía mover ni una fibra de mi cuerpo, y sólo mi pensamiento funcionaba, lenta y perezosamente, pero con una claridad perfecta.

Mi pobre Margarita lloraba de rodillas delante del lecho repitiendo con desesperación:

—¡Muerto! ¡Dios mío! ¡muerto!

¿Era, pues, la muerte aquel estado singular del cuerpo inerte, mientras que la inteligencia funcionaba?

En mi juventud había sufrido los efectos de algunas crisis nerviosas, habiendo padecido por dos veces los efectos de una fiebre aguda. Dos veces, siendo joven, las fiebres malignas habían estado á punto de acabar conmigo; á mi lado se habían acostumbrado á verme enfermizo, y yo mismo había prohibido á Margarita que llamase al médico cuando caí en cama la mañana de nuestra llegada á París, en aquel hotel de la calle de Dauphine. Un poco de descanso bastaría, porque lo que me molestaba era el cansancio del viaje. Sin embargo, me sentí atacado de una angustia horrible. Habíamos dejado nuestra provincia de un modo brusco, muy pobres, sin tener apenas lo suficiente para vivir mientras cobraba la paga de mi primer mes en la administración donde había conseguido una plaza. ¡Y he aquí que una crísis súbita me llevaba!

¿Pero estaba yo muerto? De muy chico había tenido un gran temor á la muerte, estando continuamente sugestionado por la idea de que muy pronto dejaría de vivir. Y aquel pensamiento de la tumba me producía una tensión horrible de pavor, á la cual no podía acostumbrarme. Al cabo de algún tiempo, y á fuerza de reflexión, creía yo que había logrado desechar la idea. Yo pensaba constantemente que no viviría y que me enterrarían pronto, y este pensamiento de la tierra me causaba un espanto á que no podía acostumbrarme, por más que me persiguiera día y noche Siendo mayor conservaba aún esta idea fija. A veces, después de días enteros de reflexión, creía haber vencido mi miedo. ¡Y qué! Se moría uno y acababa todo; todo el mundo moría alguna vez; no hay nada tan cómodo ni mejor. Hasta llegaba á ponerme alegre y mirar la muerte cara á cara. Cuando un estremecimiento

brusco me helaba volvía á mi vértigo como si una mano gigante me hubiera columpiado sobre un abismo negro. Era el pensamiento de la muerte que al volver se llevaba mis raciocinios. ¡Cuántas veces me he despertado sobresaltado por la noche, no sabiendo qué aire había pasado por mi sueño, juntando las manos con desesperación, balbuceando: «¡Dios mío, Dios mío, hay que morir!» Una ansiedad terrible me oprimía el pecho; la necesidad de la muerte me parecía más abominable en el aturdimiento del sueño. Me costaba trabajo volver á dormir, y el sueño mismo me inquietaba de tal manera, que se parecía á la muerte. ¡Si me iría á quedar dormido para siempre! ¡Si iría á cerrar los ojos para no volverlos á abrir!

Mi memoria había adquirido una vivacidad extraordinaria, y, rápidamente, recordaba los menores detalles de mi pasado, como si asistiese al espectáculo de mi vida entera. Sensación extraña y curiosa que me regocijaba, y que me producía el efecto de oir una voz lejana relatándome toda mi historia.

Había un rincón de campo cerca de Guerande, sobre el camino de Priac, cuyo recuerdo me perseguía. El camino da una vuelta, y un bosque de pinos baja á la desbandada por una pendiente roquiza. Cuando yo tenía siete años, iba allí con mi padre, á una casa medio

arruinada, á comer hojuelas á casa de los padres de Margarita, unos jornaleros que vivían con gran trabajo del producto de las salinas próximas. Luego me acordaba del colegio de Nantes, donde yo había crecido en el hastío de las viejas paredes, con el contínuo deseo del amplio horizonte de Guerande, las balsas saladas hasta perderse de vista al pie del pueblo, y el mar inmenso extendiéndose debajo del cielo. Al llegar aquí se dibujaba en mi pasado un punto negro: mi padre moría, y yo entraba en la administración del hospital como empleado y comenzaba una vida monótona, sin más alegría que mis visitas del domingo á la vieja casa del camino de Priac. Las cosas iban de mal en peor, porque las salinas no producían casi nada y el país amargaba una gran miseria. Margarita no era aún más que una niña. Me quería porque la paseaba en una carretilla; pero más tarde, la mañana en que la pedí, comprendí por su gesto de espantada que yo le parecía horroroso. Los padres me la concedieron en seguida, porque así se quedaban más libres. Ella, sumisa, no había dicho que no, y cuando se hubo acostumbrado á la idea de ser mi esposa, ya no pareció tan aburrida. El día de la boda, en Guerande, llovía á cántaros, y al volver tuvo que ponerse en enaguas, porque tenía el vestido calado.

Aquella era toda mi juventud. Recién casados vivimos algún tiempo en la ciudad, pero mi mujer estaba á disgusto y un día la sorprendí llorando á lágrima viva. Hice durante seis meses algunas economías, trabajando en horas extraordinarias, y conseguí que un amigo de mi familia me proporcionase un empleo en París.

Con esto dí á mi mujer una gran alegría, partiendo inmediatamente para la gran ciudad. En el tren, mi mujer reía loca de contento, y yo, satisfecho de complacerla, la hacía descansar sobre mis rodillas para evitarla las molestias de los asientos duros é incómodos del coche de tercera en que viajábamos.

Tal era mi pasado. Al presente, yo acababa de morir en aquella estrecha cama de la habitación alquilada, mientras mi mujer, de rodillas, seguía llorando. La mancha de luz blanca que percibía mi ojo derecho palidecía poco á poco, si bien yo notaba claramente los detalles de la estancia. A la izquierda estaba la cómoda, á la derecha la chimenea, sobre la que un reloj descompuesto y sin péndulo marcaba las diez y seis minutos. La ventana daba á la calle Dauphine, negra y profunda. Todo París pasaba por allí con tanto estrépito, que oía estremecerse los cristales.

No conocíamos á nadie en París, y como habíamos precipitado nuestra salida, no me esperaban hasta el lunes siguiente en mi oficina. Desde que tuve que guardar cama, me producía una sensación extraña el estar encerrado en aquel cuarto donde nos había lanzado el viaje, todavía desorientados por quince horas de ferrocarril, aturdidos por el tumulto de las calles. Mi mujer me había cuidado con su dulzura sonriente; pero yo sentía bien cuán alteraba estaba. De vez en cuando se acercaba á la ventana, daba un vistazo á la calle, y se volvía densamente pálida, asustada por aquel gran París del que no conocía ni una piedra y que mugía tan terriblemente. ¿Y qué es lo que la pobre iba á hacer, si yo no despertaba? ¿Qué iba á ser de ella en aquella ciudad inmensa, sola, sin sostén, ignorante de todo?

Margarita había tomado una de mis manos que colgaba inerte al borde de la cama, y la besaba repitiendo casi loca:

—¡Oliverio, respóndeme!.. ¡Dios mío, ha muerto, ha muerto!

La muerte no era, pues, la nada, puesto que yo oía y raciocinaba. La nada era la única cosa que me había aterrado desde la infancia, Yo me imaginaba la desaparición de mi ser, la supresión total de lo que yo era, y esto para siempre, durante siglos y más siglos, sin que nunca mi existencia pudiese empezar de nuevo. A veces me estremecía cuando encontraba en un periódico una

fecha futura del siglo venidero: de seguro que yo no viviría ya en aquella fecha, y aquel año de un porvenir desconocido, donde yo no estaría ya, me llenaba de angustia. ¿No era yo el mundo, y no se hundiría todo cuando me fuese?

Soñar con la vida en la muerte: tal había sido siempre mi esperanza. Pero sin duda aquello no era la muerte, porque iba de seguro á despertar al cabo de un rato. Sí, dentro de un rato me inclinaría cogiendo á Margarita entre mis brazos para secar sus lágrimas. ¡Qué alegría volvernos á encontrar! ¡Cuánto más nos íbamos á querer! Después de descansar dos días, iría por primera vez á la oficina y una vida nueva comenzaría para nosotros, más feliz, más amplia.

Pero las horas pasaban, y yo continuaba en mi letargo sin poder levantar la cabeza para animar á mi pobre Margarita, que seguía aniquilada y llorosa, pronunciando de vez en cuando su desconsolada frase:

—¡Muerto, Dios mío! ¡muerto!

Y yo sentía deseos vivísimos de abrazarla y de decirla en voz muy baja para no asustarla.

—No, hija mía, dormido nada más; ya ves que vivo y que te amo.

II

El forense dice que estoy bien muerto

A los gritos que daba Margarita, la puerta se abrió bruscamente y una voz exclamó:

—¿Qué hay, vecina?... ¿Otro ataque?

Reconocí la voz. Era la de una vieja, la señora Gabin, que vivía en el mismo pasillo que nosotros; se había mostrado muy atenta desde nuestra llegada, conmovida por nuestra posición, y nos contó su historia. Un casero intratable le había vendido sus muebles el invierno pasado, y desde entonces vivía en aquella posada con su hija Adela, una chicuela de diez años. Las dos cortaban pantallas, ganando á duras penas dos pesetas diarias con ese trabajo.

—¡Dios mío! ¿Ha acabado?—dijo bajando la voz.

Comprendí que se acercaba. Me miró, me tocó y dijo con lástima:

—¡Pobrecillo, pobrecillo!

Margarita continuaba sollozando como una niña. La señora Gabin la hizo incorporar, ayudándola á que se sentase en el sillón que había junto á la chime-